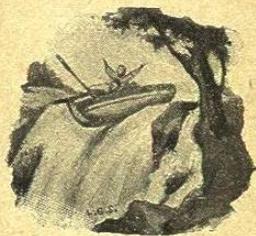


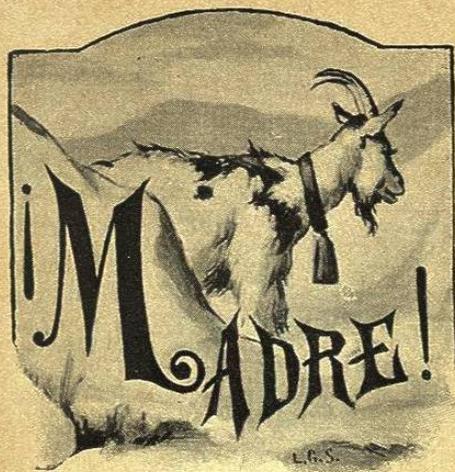
esperado, los dos hermanitos, unidos en un abrazo, hundiéronse también con ella!...

* * *

...En aquel mismo instante... — y más lejos que nunca — ...la hechicera estrella acababa de cerrar también sus párpados luminosos!...



¡Madre!



Al Dr. J. C. da Motta Prego.

Guapa cabra, la Russa, — pueden ustedes creerlo. — La mejor del rebaño, lucida, de mullido pelambre, sin que se le vieran los huesos como á las otras, de continente altivo cuando al frente de la manada parecía ser su jefe, moviendo cadenciosamente el enorme cencerro — ¡talán, talán! — Era la que más trabajo daba al pastor, de todas las del rebaño, requiriendo particular vigilancia su atrevimiento; pues si

no le iban de continuo á la mano, no había árbol á que no trepase, especialmente si era olivo, ni brote nuevo que no triturase afanosa, con su diente acerado de rumiante.

Y luego, ahí donde ustedes la ven, resultaba cara, tan sólo por las multas, ya que, eludiendo muchas veces la atención del pastor, se metía por las huertas y jardines, causando estragos que los dueños justipreciaban en fuertes sumas. Por eso Alipio José, el pastor, á quien dolían las denuncias, colgó del pescuezo de la Russa el cencerro, para que se señalase mejor el paso del animal, pues era aquel cencerro de timbre más fuerte que el de los otros y mucho más grave.

Cuando pastaban en el monte, la Russa era de una audacia extrema. Daba gusto verla trepar á los últimos riscos, subir valerosamente á las aristas superiores de las rocas, muy serena, erguida sobre sus delgadas patas, alargando el cuello, ó arrodillándose sin temor para alcanzar las hierbas de los declives acantilados y escurridizos, sin medir el peligro ni cuidarse de los derrumbaderos, mientras las com-

pañeras se metían por las laderas y las cañadas, saboreando los brezos, sin atreverse á seguirla en sus arriesgadas excursiones de *turista*.

Si desde abajo la miraban, sentíase capaz de audacias superiores, y entonces retozaba con saltos funambulescos, de roca en roca, ó de garganta en garganta, sin cuidarse del riesgo que corría. Cada culebra que hallaba por aquellos parajes, era para ella una desesperación,—con tal furia la perseguía, y tal era la insistencia con que metía los cuernos en el agujero donde se escondiera el reptil. Sonaba entonces el cencerro con fuerza, y Alipio, que dormía á la sombra de las encinas, con el sombrero echado á la cara, incorporábase sobre un codo, y gritaba hacia lo alto con su vozarrón que despertaba eco:

— ¡Cuidado, Russa!

Y después, de bruces, estirado sobre la manta, de codos en el suelo, la barba apoyada en las manos abiertas, Alipio José entreteníase en mirar á la cabra, envidiando aquella facilidad para subir á los más elevados picos, admirado de los

saltos que ella daba para salvar gargantas pedregosas y verticales, donde, si llegaba á caer, moría sin remedio. Y por allá se pasaba la Russa los días enteros, en perpetuo flaneo por sitios inaccesibles al resto del rebaño, resguardándose de la lluvia en los huecos de las rocas, donde hacían nido las águilas.

* * *

En uno de esos sitios fué donde la Russa tuvo su primera cría, y allá se quedó, no sé si durmiendo ó velando, toda la noche. Al día siguiente quiso bajar y unirse al rebaño que la esperaba. Más de cien veces, mirando hacia la cima de la ladera, hubo de gritar Alipio José desde abajo, cada vez más desesperado:

— ¡Ven acá, Russa!

Y creyendo que le llamaría más la atención de este modo, púsose á agitar con furia el badajo de los cencerros, gritando sin cesar:

— ¡Russa! vuelve al ganado, ¡Russa!

¡Mas era imposible! No se lo permitía

la quebrada en que vino á dar á luz, ni el cabritillo podría, — ¡pobrecillo! — bajar por tales declives, tan pedregosos y ásperos. Pero de noche era tan intenso el frío en aquellas alturas, que el cabritillo se helaba, apretándose contra su madre, que le envolvía en su aliento para calentarlo, y lo estrechaba más y más para transmitirle el natural calor de su cuerpo enflaquecido y doliente.

En las altas horas de la noche, en la lúgubre soledad de aquel sitio, acantilado é inabordable, entre peñas escarpadas donde silbaba el viento lúgubrememente con una especie de cántico doloroso y prolongado, el balido de la madre, que expresaba angustias y desesperaciones íntimas, respondía al débil vagido del pequeñuelo, cuya vida parecía irse apagando de hora en hora, de instante en instante, ateriéndosele con el frío los miembros delicados y tiernos.

Tales eran las noches de los dos infelices animales. Con tales fríos y dolores, imposible dormir. Toda la noche pasábanla en vela, gimiendo, estrechándose más y más el uno contra el otro, en un como

abrazo de eterna despedida,— amigos que fbanse á separar para un largo viaje de tinieblas, con el corazón traspasado de tristeza, suspirando y gimiendo, en un adiós que era infinito, como infinito era el amor que los unía...

Y á cada momento, como toque funerario, sonaba el cencerro lúgubrememente, asustando al cabritillo, como si fuese aquella la señal del último trance...

Para mayor desgracia, las noches eran sin luna. Enclavadas en la bóveda, las estrellas bostezaban soñolientas, en una criminal indiferencia ante aquel dolor supremo, de que eran únicos testigos.

Y balando mucho, balando siempre, la pobre madre pedía al cielo, cuando menos, la vida de su hijo,— ora suplicante en balidos de resignación que un profundísimo dolor unguía, ora desvariada y loca, en gritos que significaban blasfemias, blasfemias de desesperación contra el cielo que no la oía, y contra la muerte que claramente sentía aproximársele, para estrangularle al pequeño, á quien ella amaba tanto.

Y para hacerle más cruel su enorme

dolor, la ironía acerba de los cencerros vocingleros de las compañeras que andaban por los montes del otro lado, dejándola allí sola con su hijito, en espera de la muerte que era inevitable.

Entonces, irguióse por un momento. Agitó convulsivamente el pescuezo, y esparcióse por el aire el triste sonido del cencerro, lentamente, en un ¡adiós! ¡adiós! de despedida á las compañeras felices que allá iban con vocinglero resonar de cencerros...

* * *

En aquella soledad, los días eran mejores. Con los primeros rayos de sol, comenzaban ambos á reanimarse; poco á poco desentumecíanse los miembros y la sangre circulaba.

¡Y el cabritillo sin poder bajar todavía!

De pie, al lado del hijo, la pobre cabra lanzaba miradas compungidas á los bordes de la ladera, ya para un lado, ya para otro, desvariada y trémula, como escogiendo el mejor camino para condu-

cir á su hijito. ¡Pero todos eran horribles! Bosques y roca viva era lo que se veta por todas partes. Y después el río, allá abajo, rugía en las cascadas, aumentándole el recelo.

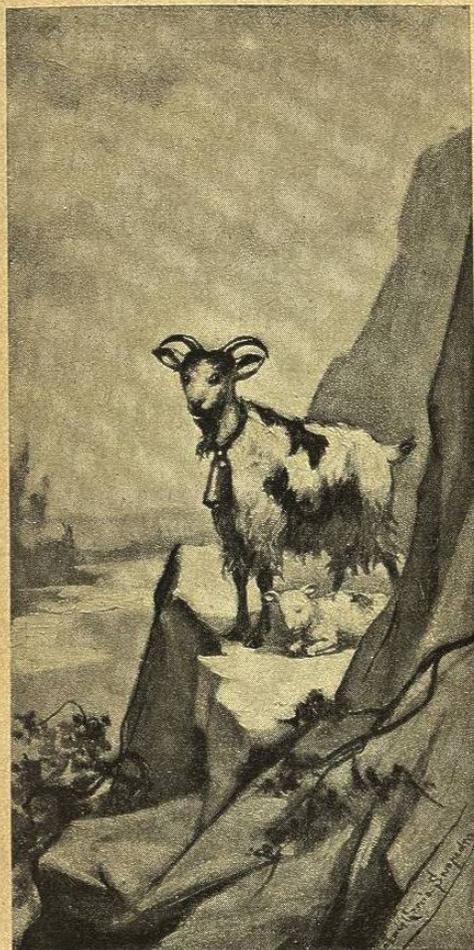
¡Imposible, imposible!

Y sentíase desfallecer por falta de alimentación, pues la hierba que por allí había, estaba ya comida y recomida por el pastar miserable de tres días seguidos.

En un momento de desesperación, cuando los gemidos del hijo eran más dolorosos y continuos, recobró el valor la cabra, y asegurando entre los dientes el recién nacido tentó el primer paso, arrastrándolo por la ladera, por el sitio en que el declive era menor. Mas en breve hubo de desanimarse la pobre, porque el pequeño, así arrastrado, gemía más y más, convulso y trémulo...

¡Imposible, imposible!

Nada hay que pueda significar el dolor de aquella madre, y traducir en palabras la escala de sentimientos y emociones expresadas en su balar. Echóse de rodillas sobre el cuerpecito de su hijo que, rígido, gemía y estremecía, tendido en el



suelo, con la pesada postración del último desaliento. Animábalo con caricias, aproximábale á la boca las enflaquecidas y fofas ubres, invitándolo á mamar como si aquella leche pudiera comunicar al hijo el valor que á ella misma faltaba en tan aflictivo trance...

Mas, poco á poco, la noche iba cayendo. Habíase apagado ya el último reflejo del ocaso, y sobre las gargantas de los montes pasaban sútilmente las primeras nieblas, blanquecinas y tenues. A medida que las tinieblas se condensaban, decrecían los ruidos en todo el horizonte, acentuándose cada vez más la soñolienta melopea del río en las presas. Surcaban los aires las aves que volvían al nido. Bandos de palomas, como flotantes trozos de armiño, cortaban en vuelos mansos la tranquila profundidad del cielo, en busca de los palomares y de las casas, donde refugiarse de la noche que iba cayendo. Bandadas de perdices y de tordos pasaban por allí alegremente, con sonoros chillidos, cayendo de pronto sobre el monte para esconderse en las estebas y en los brezos. Por las hierbas secas arrastrábanse

apresurados los reptiles, y bajo los matorrales bravíos la liebre buscaba su cama...

Y todos tenían nido—palomas voladoras y resonante bando de perdices, los que cruzaban el aire y los que se arrastraban por el monte, lagartijas, lagartos, culebras, toda la colonia vagabunda de reptiles y aves, que pasó alegremente el día y marchaba ahora á recogerse, para volver á empezar cuando amaneciera de nuevo...

Tan sólo la desgraciada cabra, allí, junto al tierno hijito, no volvió á dar un paso. Con las brumas de la noche vinieron las brumas de la tristeza para su herido corazón de madre. Ya llegaba el frío á flagelar al pequeño...— al hijo, ¡que estremecíase arrimado á ella, el pobrecillo!

Estallaba por todas partes el ric-ric sonoro de los grillos, vivo y cantante en aquel silencio que se definía. Cerró del todo la noche. El cielo era bajo y nuboso. Centelleaba á trechos la bóveda, irradiando una luz mortecina y blanquizca, que hacía pensar en los últimos trances de las criaturas, en que la vida gradualmente se extinguiese en un vago palpar de párpados soñolientos...

Cuanto más entraba la noche, más preñada de melancolía era la torva apariencia del ambiente y del cielo. Noche peor que las anteriores, aunque con menos balidos, porque madre é hijo hallábanse extenuados de fuerzas y ni gemir podían. ¡Y la muerte que no llegaba, para arrancarlos del abrazo en que se unieran, apenas cerró la noche!

A breve distancia, estaba cortado el monte por garganta hondísima, abierta en la roca viva. Del lado opuesto, y casi enfrente de los moribundos, encendiéronse en las tinieblas dos puntos fosforescentes, de una claridad verdosa y dorada. É inmóviles, aquellos dos ojos amenazadores de lobo, que parecían estar privados de párpados, proyectaban su luz siniestra en dirección del grupo que velaba. La naturaleza entera retraíase en un como pavor medroso, en que se concentraban los íntimos terrores y los silencios lóbregos de las altas horas de la noche. Cerrábase más en el cielo la falange muda de las nubes, espesándose en tintas negras, impenetrables y caliginosas, sin centelleo de estrellas por fugitivo y tenue que fuese...

Y siempre, constantemente inmóviles en la pesada obscuridad, aquellos dos ojos llameantes, de momento en momento más vivos, escrutando en las tinieblas la dirección más exacta del grupo. Transida de miedo, arqueándose convulsamente en el último paroxismo de su enorme dolor, la pobre madre no osaba arriesgar ni un sólo movimiento, y apretaba más y más contra el suyo el cuerpo inanimado del hijito que parecía dormido.

Así durante horas, que aquel atroz suplicio hizo enormes, casi eternas, llenas de acerbos sufrimientos y de indecibles angustias, vacías de esperanzas, tocante á la vida de su hijito.

De repente, aquellos dos puntos brillantes apagáronse en las sombras, y de nuevo los vió brillar la cabra, pero ya á más larga distancia. Estremecióse la pobre con súbita alegría—y con el impulso que sufrió todo su cuerpo, hasta entonces encogido, sonó el cencerro. Volvió á correr el lobo; y entonces la sin ventura vió errar en la obscuridad, como dos grandes coleópteros de alas fosforescentes, los ojos antes inmóviles del enemigo. Y por allí

anduvo la noche toda, husmeando y allando, hasta que, cansado de escudriñar lo insondable, se fué ladera abajo, á los primeros asomos de la madrugada que venía dulcemente, alumbrando picos y aristas.

* * *

Al romper el alba, el cielo estaba despejado. Apenas si de trecho en trecho penachos de blancas nubes hacían ondular sus transparentes cendales, que se desgarraban lentamente al menor soplo de brisa. Poco á poco el azul iba palideciendo, diluyéndose en la luz blanquecina que venía de lo alto en gradaciones imperceptibles y suaves.

Comenzaban á animarse las lejanías del paisaje, y la retina acusaba ya las diferencias más salientes de los campos y huertas: pedazos que blanqueaban con el rastrojo, tonos pardos de olivares, tierras plantadas de viñedo y pinares espesos que bordeaban desfiladeros y tocaban el cielo en lo alto de los montes.

Por las laderas de enfrente, caminos y atajos corrían en zig-zag hasta el arenal de la orilla. En torbellinos de blanquísima espuma, precipitábase el agua en las presas, murmurando en los altos riscos de las orillas, ennegrecidos é informes, de una mudez contemplativa y perpetua. Del tejado del molino, allá abajo, elevábase tranquilamente en el aire sereno y dulce una columna azulada de humo, hasta perderse en el espacio amplio y halagador, como una ambición ó como un sueño.

* * *

Entonces fué cuando Alipio José, al frente del rebaño, abordó de nuevo aquellos parajes, con el propósito de recobrar la cabra extraviada.

—¡Russa! ¡Ven acá, Russa!

Mas precisamente á esa hora, la Russa exhalaba el último aliento, tendida sobre el cadáver del pobre hijito muerto!...

Y al filo del mediodía, cuando e sol

caía abrasador sobre las rocas, pasaba en dirección de la montaña, graznando lúgubremente, la hambrienta legión de los malditos cuervos...



¡Væ Victoribus!